

quedado en la tierra por larga temporada, y nos han hecho inmensos beneficios promoviendo nuestra ilustración y enseñándonos artes, virtudes y disciplinas de subido precio. Yo no puedo menos de convenir con vd. en que Sócrates, Zoroastro, Sakiamuni, Confucio, Merlin, Numa y otros sabios profetas y fundadores de religiones, tuvieron por alma cuerpos fluidos, descendidos de algún astro, donde se había progresado más que entre nosotros, y dichos cuerpos fluidos, encarnando aquí en el seno de alguna joven honrada, hermosa y pura, cumplieron benéfica misión. Provino de estos hechos repetidos la creencia, persistente entre todos los pueblos, de que hay ó hubo semidioses, *avatares*, ó hijos del cielo venidos á la tierra. Y así cuando los poetas querían adular á algún soberano ó poderoso magnate, le decían, aunque no fuese verdad, que era hijo de éste ó del otro dios, como dijeron de Rama y de Alejandro de Macedonia; y como cantó Virgilio del hijo del cónsul Polion, suponiendo que bajó del cielo:

*Jam nova progenies caelo demittitur alto.*

Esta habilidad de escaparse de la tierra é irse por el éter de mundo en mundo, es aún rarísima en nuestro globo. Lo que es yo no sé sino de un hombre de quien se pueda creer que la ha tenido, el famoso filósofo sueco Manuel Swedenborg. Sabido es, no obstante, que este varón admirable no acertó á pasar de nuestro sistema planetario, y, si bien le recorrió casi todo, sus visitas más frecuentes fueron á Mercurio, que está cerca, y cuyos habitantes están más adelantados que nosotros, aunque, por lo mismo, ni nos estiman ni nos quieren bien. En cambio, en Vénus, donde Sweden-

borg también estuvo, es cosa de no poder vivir siendo persona decente, porque Vénus está poblada de una raza descomedida y grosera de gigantes que no piensan en nada elevado y bueno, sino en holgarse por manera bestial y sucia.

Como quiera que ello sea, lo que sí es lícito afirmar es que dentro de pocos siglos hará cualquiera ser humano de esta tierra lo que hizo Swedenborg, pocos años há, con general asombro de los nacidos. Es más: la mayoría de los seres humanos nos adelantaremos á Swedenborg y dispararemos nuestros cuerpos fluidos mucho mas allá de la órbita de Urano, á través de los frigidísimos espacios intersidiales, é iremos á parar en planetas de mil soles remotos.

Creo que vd. ha de confesar que me muestro enterado de su doctrina y que voy llegando bien á las últimas consecuencias, sobre las cuales he de dar mi opinión. Hoy ya no es posible, porque se ha hecho larguísima esta carta. El lunes que viene escribiré á vd. de nuevo su afectísimo amigo y admirador.

JUAN VALERA.

### III

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Según lo que va expuesto, se cumple por arte indefectible hasta hoy, y es de esperar que siga cumpliéndose en lo futuro, la ley del progreso que vd. afirma y que nos lleva hacia la perfección.

Todos los problemas que vd. procura resolver en su

libro tienen el mayor interés para mí y me atraen y me encantan. El libro de vd. me gusta. Lo digo sin la menor ironía.

Entre gustar de un sistema, admirando el saber y el esfuerzo de imaginación con que fué construido, y creer en él y darle por cierto, hay enorme distancia. De esta distinción, que me parece que no se quiebra de sutil, no se han hecho cargo muchas personas que han leído las dos primeras cartas que he escrito á vd. y han supuesto que yo me burlaba.

Me ha dolido tanto dicha suposición que he estado á punto de no continuar escribiendo á vd., á pesar de lo mucho que tengo que decir aún. Si su libro de vd. fuese un trabajo de ningún valer, sería necio emplear en él la crítica y hasta la sátira para impugnarle. Y de todos modos, habría en mí algo de moralmente censurable y poco digno en tratar mal á vd., que me honra y me lisonjea escribiéndome, consultándome y enviándome su libro desde tan lejos. Pero, bien mirado el asunto, yo creo que los lectores de las cartas han ido más allá de mi intención y han puesto en estas cartas una malicia de que carecen y que yo nunca tuve. Nada hay de común entre mi escéptico buen humor y la mofa ofensiva. ¿Cabe, acaso, en el entendimiento de nadie, que sea yo tan presumido y tan soberbio que considere mentecatos á Darwin, á Haeckel, á Swedenborg, y á otros sabios y filósofos, de quienes hablé ya en mis cartas, examinando sus doctrinas con no menor desenfado y broma que las de vd? Yo no poseo el entusiasmo, la fe, la fantasía poderosa que tuvieron ó tienen ellos, y me resisto á dar por demostrado

lo que ellos dan por demostrado; y así, en nombre de cierto sentido común, tal vez burdo y rastrero, y en virtud de mi corta ciencia, y con la autoridad que nos tomamos hoy todos, pues hay libre examen, tiro á invalidar esas doctrinas, al par que me deleita contarlas, en resúmen, como quien cuenta un cuento ingenioso.

Desde Aristóteles hasta nuestros días no hubo, en mi sentir, entendimiento más extraordinario y creador que el de Hegel. Su sistema, para mí y hasta donde yo acierto á comprenderle, es pasmoso de sublimidad y hermosura. Supongamos que mi sentido común me diese á entender que todo el dicho sistema fuese un conjunto de disparates; ¿impediría esto que yo admirase y celebrase el arte, la dialéctica, la maestría con que los disparates se coordinan para formar un todo armónico? ¿No me será lícito maravillarme de la belleza de un poema, sin dar por verdad lo que el poema refiere? ¿He de creer que Homero era tonto, y de despreciar la Odisea porque no creo en los encantos de Circe ni en la colosal estatua de Antifates?

Además, aunque yo sea escéptico á veces, no siempre ni en todo lo soy. También yo tengo mis dogmas. Ríase de ellos quien quiera, y si lo hace con mesura, no me enojaré ni entenderé que se burla de mí. Y desde luego diré aquí que, en virtud de estos dogmas, yo no creo aceptable ningún sistema de filosofía fundado solo en ciencia empírica. Pero no es vd. el único que tiene hoy esta pretensión. Son muchos los que han levantado sistemas del mismo modo, y de algunos de ellos he de hablar aún en estas cartas. Y si al hablar de ellos río y dudo, ¿se ha de creer que maltrato ú

ofendo á sus autores, cuando, por el contrario, me enamora el saber, y me atraen y me cautivan la voluntad, el talento y la fantasía que despliegan? Yo no voy tan lejos como Lessing, el cual decía que si le diesen la verdad en una mano y en otra el ingenio, la agudeza y la fantasía que se emplean á veces en buscarla, desdeñaría la verdad y se quedaría con las otras prendas. Yo no; yo me quedaría con la verdad; pero, á falta de verdad, todas esas otras prendas susodichas encierran para mi gusto un preciadísimo tesoro. Permítaseme, pues, que con buen humor y sin burla siga yo mostrando algo de ese tesoro al exponer su sistema de vd., cuyas premisas, ó hechos científicos en que se funda, ni niego ni afirmo.

Siguiendo mi tarea, y desechando los escrúpulos de conciencia, empezaré por decir que no me explico ese odio que muestra vd. á lo sobrenatural. A mi ver, si por naturaleza ha de entenderse todo lo existente y todo lo posible, lo que es y la fuerza que da ser á lo que es, vd. tiene razón; lo sobrenatural es un pleonasma. Nada más natural que el mismo Dios. La ley de naturaleza será la razón y la voluntad de Dios, que manda y quiere que haya orden y prohíbe turbarle. Por este camino vendremos á parar á la definición que da San Agustín de la ley eterna, y estaremos en plena ortodoxia. La diferencia consistirá en que lo que llamo yo Dios, será llamado por otros fuerza eterna, *natura naturans*, agente cósmico, alma del mundo, y otros mil nombres, que si vienen á probar lo poco que sabemos de esta *cosa en sí*, no prueban que la cosa no exista y que no sea naturalísima.

Pero, si por naturaleza entendemos otra cosa, tendremos que conceder que todo es natural ó sobrenatural, según se mire. Para una piedra, la planta más sencilla que crece, se desenvuelve, se nutre y tiene vida, es ya sobrenatural. Y para la planta, arraigada en el suelo, y que ni ve, ni oye, ni se representa al mundo exterior, el más ruín animalejo, un lagarto ó un sapo, es sobrenatural. Y con relación á los brutos, que carecen de conciencia ó la tienen obscura y vaga, es sobrenaturalísimo el hombre que se reconoce, *se sabe* y habla, y discurre y reflexiona. Y desde el salvaje hasta las personas cultas de hoy, las *sobrenaturalidades* se van acumulando y creciendo por estilo prodigioso. Sobrepuesto á la naturaleza, añadido nuestro, obra de nuestro ingenio y nuestra voluntad, son las ciudades, los caminos, los campos cultivados, las máquinas, las telas de que nos vestimos, los objetos de arte, y hasta, si se considera bien, la hermosura corporal, hija del esmero, del aseo y del cuidado que pusimos para crearla. Una linda muchacha de ahora, no lo dude vd., es un ente sobrenatural. Lo natural es la mano ó la *antropisca*, y casi casi no lo es ya la hotentota.

Cuando uno está en Bélgica, por ejemplo, y piensa que, en estado natural, apenas podría contener y alimentar aquel terreno medio millón de hombres y ve que contiene y alimenta seis, confiesa que, no ya el tranvía que la electricidad mueve, ni el teléfono, ni el telégrafo, sino cinco millones de seres humanos son en Bélgica sobrenaturales: han sido creados por arte y sobrepuestos á lo que la naturaleza, abandonada á sí misma, hubiera podido crear y conservar.

Si á esto añadimos, por último, todas esas habilidades de entenderse con los muertos, de recordar vidas pasadas y de salirnos del cuerpo sólido é irnos con el cuerpo fluido por soles y planetas, lo sobrenatural cunde y promete encumbrarse á una altura pasmosa con el andar de los siglos.

Aceptado ó aprobado por usted lo de que tenemos cuerpos fluidos inmortales, no se ve término á nuestro progreso. Solo hay un peligro, aunque lejano: el fin del mundo. Las religiones y la mitología tienen profetizado este fin. La ciencia también en todos tiempos y contra su costumbre de armar conflictos con las religiones, ha coincidido y coincide en hacer tan triste pronóstico. Solo lo que no tuvo principio no tiene fin. Lo que nace, muere. De aquí que el mundo ha de acabar de una manera ó de otra. Y así como los sabios han inventado mil hipótesis sobre su nacimiento, también sobre su muerte total ó parcial las han inventado. Lucrecio la explica en sus hermosos versos. Leopardi atribuye á Straton de Lampsaco una curiosa explicación de la muerte de nuestra tierra, la cual explicación puede hacerse extensiva á todos los demás astros. La fuerza de rotación va poco á poco comprimiendo los polos y aumentando por el Ecuador el radio de la tierra. Así seguirá hasta que la tierra se agujeree y venga á ser como un gordo buñuelo. Luego se hará el agujero mayor y la masa sólida vendrá á parecer un anillo. Y el anillo, por último, se hará pedazos y cada uno de los pedazos vagará suelto por el espacio ó irá á caer en nuestro sol ó en otro, ó tal vez en algún planeta, como caen en la tierra los aereolitos.

Sabio hay que afirma que el sol puede pararse. El movimiento, ó sea la fuerza con que gira hoy sobre su eje y con que va probablemente caminando por el espacio en rápida traslación, se convertirá en calor, si el sol se para. Entonces habrá una expansión espantosa de toda la materia del sol, dilatándose hasta más allá de la órbita de su más distante cometa. Todos volveremos así al estado de nebulosa. Podrá ocurrir también que el sol se apague, y sobrevendrán las tinieblas y la muerte. Pero aun sin tamaños cataclismos, nuestra tierra irá perdiendo la fuerza que la hace girar en torno del sol, pues como no va por el vacío, y como el éter le opone alguna resistencia, su fuerza centrífuga se gasta. Hasta hay quien asegure que ya vamos caminando con más lentitud y acercándonos al sol. La atracción del sol será así mayor á cada momento y podrá llegar uno, harto desdichado, en que la tierra se caiga en el sol y allí se abra y se consuma. Aun sin esto, la tierra puede morir, como la luna está ya muerta. Los metales se irán oxidando.

En esto el oxígeno se consumirá, y se acabará el aire respirable. El agua se gastará, entre tanto, en formar rocas *hidratadas* y en entrar en otras composiciones. Sin aire y sin agua, se extinguirá la vida. Plantas, animales y hombres, todo fenecerá. Pero no hay que afligirnos. Para entonces ya todos los cuerpos fluidos vivos sabrán hacer lo que hacía el cuerpo fluido de Swedenborg, sabrán salirse de los cuerpos sólidos é irse á otros mundos. Y con tiempo, para que no nos coja aquí la mala hora, nos escaparemos de la tierra y nos iremos á fundar colonia en otro planeta más capaz y

cómodo, donde seguiremos progresando é inventando primores que ni siquiera concebimos en el estado actual de nuestra cultura.

De esta suerte, no será en balde y trabajo perdido todo lo que hemos hecho hasta hoy por adelantar é instruirnos. Nuestros monumentos, cuadros, estatuas, museos y bibliotecas, todo acabará al acabar la tierra que habitamos; pero lo sustancial del saber adquirido se quedará en nuestra memoria, y se salvará con los cuerpos fluidos vivos, que otros llaman espíritus. Estos, más perfectos cada día, irán teniendo nuevas prendas y llegarán á vivir como en la eternidad, como si no hubiera para ellos pasado y todo fuera presente. Deberáse esto á lo agudo y vivo de nuestra imaginación, que nos lo representará todo como si acabase de suceder ó estuviese sucediendo. Y deberáse también á lo penetrante y extenso de nuestra vista y á la rapidez más que eléctrica con que nuestros cuerpos fluidos recorrerán el éter. Así podremos llegar, por ejemplo, en menos de un minuto, á un sitio del espacio adonde un rayo de luz de la tierra tarde cuatro siglos en llegar, y ese rayo de luz traerá pintada la entrada triunfante de los reyes católicos D. Fernando y D<sup>a</sup> Isabel en Granada ó la vuelta de Colón á España y su presentación á los mismos reyes en Barcelona. En suma, podremos verlo todo, como si estuviera todo pasando en la actualidad y de veras.

Abreviando ahora, á fin de no hacer mis cartas á vd. interminables, diré que nuestra vida inmortal de cuerpos fluidos irá de bien en mejor, sin cejar y aun sin parar. Porvenir tan risueño y venturoso me seduce. Cuén-

teme vd., pues, en el número de sus adeptos. Lo que yo no puedo es aceptar su sistema sin algunas modificaciones y cambios, que voy á proponer aquí.

La existencia de los cuerpos fluidos ó etéreos, en que se funda toda la doctrina de vd., me parece muy de acuerdo con la ciencia antigua y con la ciencia moderna.

¿Qué otra cosa es ese cuerpo fluido sino el cuerpo de la resurrección de la carne que algunas religiones afirman? ¿No equivalen esos cuerpos fluidos á las sombras, á los manes de los gentiles? Y en cuanto á la ciencia moderna, ya veo claro que se puede bien apoyar la afirmación de vd. en los *Principios de Biología*, tan celebrados, de Herbert Spencer. Para este gran sabio la vida consiste en la correspondencia del organismo con el medio ambiente, ó sea *environnement*. La vida inmortal estriba, pues, en la perfecta correspondencia con ese medio. Herbert Spencer dice: "Si no hubiera cambios en el *environnement* sino aquellos que el organismo previó, preparándose para encontrarlos y para que no les falte la eficacia con que los encuentra, lograríamos eterna existencia y eterno conocimiento."

Apoyado en estas palabras de Herbert Spencer, un sobresaliente discípulo suyo, no sé si inglés ó yankee, el Sr. Enrique Drummond, ha escrito un libro muy leído y celebrado en los Estados Unidos, *Ley natural en el mundo espiritual*, y ha hecho allí muchos prosélitos. La teoría de Drummond coincide en algo con la de vd., y en mucho difiere. Yo me inclino á adoptar parte de la teoría de Drummond para modificar la de vd. y aceptarla luego, hasta donde yo puedo aceptar lo trascen-

dental, fundado, no en metafísica y ciencia *á priori*, ni siquiera en estudio del propio *yo*, sino en ciencia empírica y de observación del mundo que nos rodea: en noticias adquiridas por los sentidos, aun suponiéndolos aguzados por instrumentos ingeniosísimos, como microscopios, telescopios, espectroscopios y radiómetros, y auxiliados por otros sentidos, sutilísimos y casi ubícuos, que poseen los cuerpos fluidos, y por cuya virtud parece que nos entendemos con los espíritus ó con lo que vd. llama cuerpos fluidos, que vienen á ser lo mismo,

Es indudable que aceptada la existencia de dichos sentidos *fluidos*, el campo de la observación y de los lindes de la ciencia empírica se extienden extraordinariamente. Con dichos sentidos llegamos á percibir lo más etéreo y alcanzamos á columbrar lo más remoto, aunque lo sólido, macizo y opaco, se interponga. Para dichos sentidos no hay solidez ni opacidad que valgan; un muro espesísimo de argamasa es más diáfano que el cristal, y la grosera y ruda sustancia de que están amasados los Andes hasta sus raíces, goza de la transparencia del aire sereno y puro y aun del mismo éter.

A lo que yo saco en claro de la atenta lectura de las obras de Allan Kardec y de otros espiritistas, también ellos coinciden con vd., solo que llaman á los cuerpos fluidos *periespíritus*, aunque son cuerpos, son tan léves, tan volátiles y vaporosos, que van por donde quieren y ven cuanto se les antoja. Aunque viven envainados en los cuerpos sólidos, cuando llegan á cierto grado de elevación en los estudios pueden salirse del cuerpo sólido, dejándole dormido en éxtasis y hasta cataléptico,

é irse de bureo ó parranda por los espacios infinitos. Solo que los espiritistas ponen una condición que vd. no pone: dan por averiguado que, hasta el día de la muerte, el *periespíritu* está atado al cuerpo sólido por una cinta, guita ó cordón etéreo y luminoso, cuya longitud ó elasticidad es enorme.

Si consideramos el cuerpo sólido como una placenta, este cordón etéreo viene á ser como el cordón umbilical que une al *periespíritu* con el cuerpo en que se cría. La ruptura de este cordón umbilical y la vida independiente ya del periespíritu son los fenómenos que el vulgo llama muerte. Mientras dura la vida terrena, el *periespíritu* está, pues, como el jilguero que hace de cimbel, atado por un hilo, más ó menos largo, al palillo en que se posa cuando vuelve después de haber revoloteado.

Hallo todo esto tan sencillo, tan natural y tan llano, que no trasluzco la más ligera objeción que lo invalide. La dificultad y la discrepancia están en otros puntos.

Pero estos otros puntos son tan difíciles de tocar, que exigen nueva carta. Termino esta aquí, y créame vd. su amigo.

JUAN VALERA.

#### IV

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: No pocas veces he hablado yo con risa de la propensión de cierto amigo mío, á quien sin embargo respetaba y amaba, á quejarse de